

# 1. Introducción

El proyecto de construcción europea tal y como lo idearon los padres fundadores, se encontró desde sus comienzos con una problemática que ya entonces se advertía como la más difícil de alcanzar: la consecución de una unión política que permitiera lograr los ansiados *Estados Unidos de Europa* que anhelaban.

Una vez alcanzada la paz en el territorio, el proyecto de construcción de un espacio cimentado sobre valores que alejara los fantasmas de los totalitarismos, del discurso excluyente, y de la negación de la identidad común por la identidad del grupo, se comenzaba a realizar buscando un espacio económico compartido de convivencia que ayudara, además, a la reconstrucción económica del territorio.

Si bien no es equivocado observar que los grandes cambios políticos y sociales tienen una correlación económica –al igual que las crisis económicas provocan cambios políticos y sociales–, todos ellos no pueden verse de forma aislada. De tal forma que, pretender lograr cambios prestando sólo atención a uno de estos aspectos conlleva una dificultad estructural derivada de la imposibilidad de entender los cambios políticos estudiando sólo uno de los prismas que los provocan.

El caso de la Unión Europea es, a día de hoy y si no nos atrevemos a poner remedio a los problemas que la acucian, la crónica de un proyecto eternamente inacabado en un momento en el que es necesario, tanto más si cabe, un proyecto político cohesionador, integrador e identitario para la región, que permita además a Europa competir, no sólo como entorno económico, sino como espacio común con los otros actores internacionales. Porque lo que no podemos negar actualmente es que ninguna de las economías de la zona euro está en disposición de ser un actor relevante a nivel internacional si operan de forma separada.

No obstante, y siendo conscientes de esta realidad, no podemos obviar el hecho de que haber enfocado la creación de la unión y de la identidad europea, que debía venir aneja a la creación y consolidación de un espacio económico común, suponía una forma tan novedosa como arriesgada de buscar la creación de un espacio común.

Focalizar las fuerzas en la unión económica confiando en que tras ella llegaría la consolidación de una identidad europea se antojaba un camino complicado para conseguirlo. Un camino que se vuelve especialmente tortuoso tras Niza y la fallida aprobación de la Constitución para Europa, los efectos de la última crisis económica en la zona euro o la asunción de que Europa tenía que ir a distintas velocidades. Una política que, sin duda alguna, ponía el foco en el consenso y en una integración gradual y a la carta según las necesidades, posibilidades y realidades nacionales, pero que a la vez, paradójicamente, consolidaba la idea de “distintas Europas” y dejaba la vía abierta a disensiones graves como las que hoy se producen en el seno de la Unión.

Esta compleja situación es nuestro punto de partida para reflexionar sobre la identidad europea y en qué medida actualmente ha sido, no sólo cuestionada, sino combatida desde distintos puntos de vistas en pro de un renovado nacionalismo soberanista en numerosos Estados miembros. Sin duda, la última crisis de la zona Euro fue el detonante de una situación larvada desde sus inicios, que había permanecido sólo latente por la existencia de una prosperidad económica que hacía pasar a un segundo plano las posibles disensiones.

Sólo cuando se recrudeció la crisis y fue necesario adoptar medidas, las notables diferencias de concepto y alcance sobre la misma que existían en los distintos países miembros salieron nuevamente a la luz en un debate sobre la necesidad de recuperar parcelas cedidas de soberanía y apelar a las identidades nacionales frente al proyecto común. Situación agravada aún más al tener lugar en un contexto sociopolítico y económico hiper deslocalizado y globalizado, que había planteado ya la necesidad de superar las viejas fronteras e ideas localistas para integrarse en un proyecto común que trascendiera las identidades nacionales en pro de una realidad mayor que las integrara y las hiciera florecer frente al empuje de otras áreas de igual influencia, como el mercado estadounidense o el asiático.

Una realidad que implicaba, además, superar las categorías tradicionales que, como el Estado-nación, se veían ya superadas por la evolución de las propias relaciones entre ellos y que hacía necesario buscar nuevos enfoques a las mismas, comenzando por la propia Unión, que no ha sabido acometer aún un debate profundo y sereno sobre el modelo de construcción política que desea llevar a cabo y que, aún hoy, no termina de superar la natural apropiación de instituciones nacionales para diseñar la arquitectura institucional, aún cuando ella misma exige categorías distintas.

## 2. La creación política de una identidad

Las terribles circunstancias en las que tiene que reconstruirse Europa en los años 50 del siglo XX requerían de un proceso integrador que aunase en una única voluntad los deseos de una ciudadanía que requería unirse en torno a un proyecto como mejor forma para restablecer el orden, recuperarse de las heridas de la guerra, y acometer la reforma necesaria para que nada de lo ocurrido pudiera volver a suceder en un futuro.

En 1950, los gobiernos europeos acordaron unirse en la CECA, bajo la consideración de que si ponían en común, la producción del carbón y el acero se evitaría otra guerra entre Francia y Alemania<sup>1</sup>. De esta forma, además, al unir los intereses económicos de los estados europeos se lograría aumentar su nivel de vida y se producirían mejoras en el bienestar, lo que redundaría en menores posibilidades de que tuviese lugar una contienda.

Así, tal y como se recogía en la declaración Schumann, “la puesta en común de las producciones de carbón y de acero garantizará inmediatamente la creación de bases comunes de desarrollo económico, primera etapa de la federación europea, y cambiará el destino de esas regiones, que durante tanto tiempo se han dedicado a la fabricación de armas, de las que ellas mismas han sido las primeras víctimas. La solidaridad de producción que así se cree pondrá de manifiesto que cualquier guerra entre Francia y Alemania no sólo resulta impensable, sino materialmente imposible. La creación de esa potente unidad de producción, abierta a todos los países que deseen participar en ella, proporcionará a todos los países a los que agrupe los elementos fundamentales de la producción industrial en las mismas condiciones y sentará los cimientos reales de su unificación económica”.

De esta forma, se ponía en marcha un proceso de construcción europea sobre la base de una unión económica que, necesariamente, tenía que partir de la interacción de Francia y Alemania como ejes centrales de un proyecto a los que podrían sumarse cuantas naciones compartiesen esta idea.

Esta fue la idea inicial, tal y como además puede leerse en la declaración Schumann, que sentencia, “Europa no se hará de una vez ni en una obra de conjunto: se hará gracias a realizaciones concretas, que creen en primer lugar una solidaridad de hecho”.

Efectivamente, y así ha sido desde hace setenta años, Europa se ha ido construyendo de forma gradual. La puesta en común de la producción del carbón y el acero y el sometimiento a una autoridad común fue sólo el germen de un modelo de construcción que se ha mostrado exitoso, pero quizás deberíamos matizar que sólo lo ha sido en el plano económico.

Cuestionar el modelo con la distancia que nos proporciona el tiempo es ciertamente sencillo, pero eso no nos ciega a considerar que, pese a la crítica que acabamos de realizar, el modelo ideado por Monnet fue seguramente el único que hubiera podido darse en dichas circunstancias. Pero, además, y a pesar de las consideraciones que hoy podamos efectuar, hemos de ser conscientes también de que es un modelo que ha permitido que cada país pudiese sumarse al proyecto en distintos momentos, lo que no ha sido una cuestión pacífica.

---

1 Sobre el origen de la construcción europea recomendamos la lectura de SIDJANSKI, D., *El futuro federalista de Europa. De los orígenes de la Comunidad Europea a la Unión Europea*, Aribel, Barcelona, 1988, en particular los capítulos 3 a 6. Es igualmente interesante leer las reflexiones de Monnet sobre estos años, JEAN MONNET, *Memorias*, Ediciones Encuentro, Colección Raíces de Europa, Madrid 2010, muy en particular las páginas 300 a 456.

Esto nos lleva a prestar atención a la economía como base de la construcción europea, pero también como base de la construcción de una pretendida identidad, por otro lado, construida a distintas velocidades.

### **La economía como base de la construcción europea**

Determinar la construcción europea sobre la base de la economía suponía una forma tan novedosa como arriesgada, pero creemos que bien enfocada. No en vano, no es un error pensar, así lo creemos, que no es posible comprender la evolución de los distintos estados sin comprender su evolución económica y sin darse cuenta de que los grandes cambios políticos y sociales han venido determinados por previos cambios económicos<sup>2</sup>.

Enfocar un modelo basado en la economía en un momento, además, en que la necesidad de reconstrucción no sólo era acuciante, sino que permitía reconciliar a dos países enfrentados, que eran necesarios para el asentamiento del proyecto común europeo<sup>3</sup>.

Este proyecto, iniciado con el Tratado de París en 1951, tomaba forma con la firma en 1957 de los tratados de la EURATOM y, sobre todo, con el Tratado de Roma que constituía la Comunidad Económica Europea. Desde entonces, el logro del ansiado mercado común que nos debiera conducir a la anhelada unión política sería el medio y la meta de los Estados miembros.

### **Una Europa construida a distintas velocidades**

El proyecto, que tal y como había sido diseñado no resultaba de complicada ejecución, se enfrentaba a finales del siglo XX a un hito ambicioso, no menor que aquellos que ya habían logrado, pero sí de distinta naturaleza: la ampliación al Este.

El proyecto de la ya Unión Europea se ampliaba al integrar a países del antiguo bloque oriental, lo que no dejaba de ser el cumplimiento de un compromiso con ellos y con la propia Unión en un proyecto común del que también el Este quería ser parte. Pero, al tiempo, dicha ampliación suponía hacerlo hacia países que debían acometer primero su propia redefinición y organización como estados.

Los países bálticos o la escisión de la República Checa y Eslovaquia, habían sido escenarios complejos sólo unos años antes, y la integración en el proyecto común había de hacerse tal y como se había realizado anteriormente con otros estados, pero en un momento en el que la Unión avanzaba más rápidamente hacia la unión monetaria, con el horizonte puesto en una moneda común.

La tensión surgía, por tanto, entre la necesidad de seguir avanzando en la Unión y las diferencias que ya se producían entre los distintos estados. En este escenario se planteó la posibilidad de que los distintos países pudiesen avanzar en una integración, que entonces parecía imparable, a su propio ritmo, que no dejaba de ser el de crecimiento económico que permitían sus economías, no todas igual de potentes.

Una política que, sin duda alguna, ponía el foco en el consenso y en una integración gradual y *a la carta*, según las necesidades, posibilidades y realidades nacionales, pero que a la vez paradójicamente consolidaba la idea de “distintas Europas”.

A esta circunstancia había que sumar los intereses de dos de los miembros fundadores: Francia, que temía que Alemania, tras la caída del muro y la reunificación, se orientase al Este; y Alemania, que quería evitar la nueva existencia de un proyecto hegemónico y se mostraba como el principal adalid del avance en la construcción europea. Y no debemos olvidar la posición del Reino Unido, receloso desde el origen a las cesiones de soberanía y, particularmente desde el *thatcherismo*, a cualquier intento interventor sobre la libertad de los ciudadanos.

---

2 Sobre esta idea, se puede consultar “Principios de Economía Política” de John Stuart Mill.

3 Al respecto podemos leer sobre *los proyectos* Kalergi o Briand. La monografía Pan-Europa, Richard N. Coudenhove-Kalergi, editada por Encuentro en la colección Raíces de Europa, o la síntesis de FOLGUERA, P, en “El debate en torno al modelo de construcción europea en Francia, Italia, Alemania y España (1930-1950)” en *Historia y Política*, núm. 21, Madrid, enero-junio (2009), pp. 17-53, o el trabajo de RIPOL CARULLA, S., “La semilla de Europa (la propuesta de Aristide Briand de un federación económica europea)”, pp. 363-386. El texto puede consultarse en <https://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/35/22/15ripol.pdf> (fecha de la consulta: 14/09/2019).